

Composición en blanco y negro. Bosquejo I María Eugenia Ibáñez vista por Jesús Martínez

Cantonades

Los titulares venían cargados de manzanas podridas, de instructores que miraban a otro lado, de comisionados que se hacían el sueco, de banqueros desvergonzados que no tenían ningún empacho en declarar: “Sí, me gasté vuestro dinero, ¿y qué?”. En el fondo, los titulares no mentían. Tampoco hacían leña del árbol caído.

“Palau, ITV y 3%: la corrupción que no cesa. Los casos más destacados y 'tapados' por el *procés*”, escribió *El País* en diciembre del 2017.

De los titulares se queja María Eugenia Ibáñez (Barcelona, 1946), la dama blanca de los medios de comunicación. Con más de cuarenta años de profesión encima, esta mujer de simbólica presencia –elegante, risueña, recta–, que extiende la mano como si fuera una rama de olivo, tiene aún preguntas por hacer, y escucha las respuestas: “Mi oficio es preguntar”.

No se sabe si en otra vida fue gato.

Antigua redactora de *Mundo Diario* (1974-1980), La Rubia, como la llama el quebrantahuesos de la información José Martí Gómez (*El oficio más hermoso del mundo*), se explayó en su opinión de cómo anda el sector, en una conferencia-charla-debate en la Biblioteca Vapor Vell, en Barcelona.

“Jo sempre he fet periodisme de carrer, que jo anomeno ‘fer cantonades’”, alerta, y esa incisiva búsqueda de las verdades objetivas –subjektivamente hablando– la acompañó con esta otra afirmación: “Jo sóc una privilegiada, perquè jo he viscut un període laboral on no hi havia ERES [expedientes de regulación de empleo], ni s’acomiadava ningú ni a ningú es censurava”.

Luego matizó lo de *censura*, porque realmente la autocensura es un fantasma que arrastra más cadenas de las que cree.

En un momento dado, María Eugenia Ibáñez recordó un episodio de sus memorias no confesadas: “Unos amigos y yo estábamos comiendo, un día en los años previos a los Juegos Olímpicos de Barcelona. Hacíamos broma porque pensábamos que nunca se acabarían las obras de l’Anella Olímpica. Uno de los amigos era un constructor. Y en eso que dice: “Lo único que me preocupa es cómo pagar las comisiones””.

Para la joven periodista –es joven puesto que es curiosa y lo demuestra–, aquello sonó, según sus propias palabras, a “música celestial”.

En aquel momento, ella comenzó la práctica de abrir “fichas negras”, carpetas con información reservada de las mordidas, los abusos y las contratas de empresas y conglomerados de empresas. Y fichas negras de aquellas firmas poco transparentes, como El Corte Inglés (“*Acostúmbrate a nuestros buenos precios*”) y “la Caixa” (“*Banca premier*”), dos tanques Leopard “intocables”.

Cuando se jubiló (nunca se ha jubilado), se llevó esos archivos consigo, como si fuesen rehenes de su propia ofensiva o como si fuesen fulares a juego con su manera de ver las cosas: conspicuamente, instigadoramente perspicaz. Otros añadirán otros adjetivos, como *sagaz* o *agresiva* y *cumplidora*. Ella se define así: “Tenia temps, tenia recursos, tenia paciència i constància”.

Sigue investigando sin quedar atrapada en las telarañas del poder.

Lo aprendió de sus maestros, de cuando era una pipiola en una redacción de glorias vivas, en la época dorada del periodismo español o catalán, porque para el

talento tanto da: “En aquellas redacciones es juntaven Lidia Falcón, Carmen Alcalde, Jaime Arias, Eliseo Bayo...”.

Lo mejorcito: nuestros Woodwards y Bernsteins.

Quizá por eso, a la charla-debate-conferencia de la incansable periodista barcelonesa María Eugenia Ibáñez, en la cuarta planta de Vapor Vell, se presentaron tantos vecinos como libros tiene el equipamiento.

Todos la conocían. Todos la habían leído. Todos la querían escuchar.

Todos querían volver a recordar los tiempos en los que compraban el diario.

Jesús Martínez